

RECORDANDO A EDWARD SAID (1935-2003)

Edward Said era un viejo amigo y compañero. Nos conocimos por primera vez en 1972, en un seminario en Nueva York. Incluso en aquellos tiempos turbulentos, uno de los rasgos que le distinguía del resto de nosotros era su inmaculado sentido de la elegancia: todo su atuendo había sido meticulosamente elegido, hasta los calcetines. Resulta prácticamente imposible imaginarle de otra manera. En una conferencia en su honor en Beirut en 1997, Edward insistió en venirse a nadar con Elias Khoury y conmigo. Según llegaba ya con su bañador puesto, le pregunté por qué la toalla no hacía juego con el resto. «Fue en Roma», respondió sin darle mayor importancia; sin embargo, aquella noche, mientras leía un fragmento del manuscrito árabe de su autobiografía *Out of Place*, su atuendo era impecable. No dejó de serlo hasta el final de sus días, en el curso de su larga batalla contra la leucemia.

A lo largo de los últimos once años uno se había acostumbrado tanto a su enfermedad –las estancias periódicas en el hospital, su disposición a someterse a experimentos con los últimos medicamentos, la negativa a aceptar la derrota– que podía llegar a pensarse que fuese indestructible. El año pasado, por pura casualidad, conocí al médico de Said en Nueva York. En respuesta a mis preguntas, me dijo que no había explicación médica para la supervivencia de Edward. Era su indomable espíritu de luchador, su voluntad de vivir, lo que le había conservado con vida tanto tiempo. Said viajaba a todas partes. Hablaba, como siempre, de Palestina, pero también de las capacidades de unión de las tres culturas, que, como no dejó de insistir, tenían mucho en común. El monstruo devoraba sus entrañas, pero los que lo acudían a escucharle no podían advertir el proceso, mientras que los que lo sabían preferían olvidarlo. Cuando al final aquel maldito cáncer nos lo arrebató, la conmoción fue tremenda.

Su disputa con las elites dirigentes políticas y culturales de Occidente y con el mundo árabe oficial es el rasgo más importante de la biografía de Said. La Guerra de los Seis Días de 1967 cambió su vida, ya que con anterioridad a este acontecimiento no había tenido un compromiso político. Su padre, un palestino cristiano, emigró a Estados Unidos en 1911, a los dieciséis años, evitando el reclutamiento de los otomanos para ir a com-

batir a Bulgaria. Se convirtió en ciudadano estadounidense y sirvió, en cambio, en el ejército estadounidense en Francia durante la Primera Guerra Mundial. Posteriormente regresó a Jerusalén, donde nació Edward en 1935. Said nunca pretendió pasar por un menesteroso refugiado palestino, tal y como habrían de reprocharle después algunos detractores. La familia se trasladó a El Cairo, donde Wadie Said fundó un próspero negocio de artículos de escritorio, mientras que Edward fue enviado a una escuela de elite de habla inglesa. Sus años de adolescencia fueron solitarios, dominados por un padre victoriano, en cuyos ojos el muchacho habría de encontrar un continuo disciplinamiento, mientras que en su vida al margen de la escuela faltaban completamente los amigos. Las novelas se convirtieron en un sustituto: Defoe, Scott, Kipling, Dickens, Mann. Fue bautizado Edward, por el príncipe de Gales, pero, a pesar de las ideas monárquicas del padre, en 1951 fue enviado para recibir educación superior no a Gran Bretaña sino a Estados Unidos. Said escribiría más tarde del odio que experimentara hacia aquel internado «puritano e hipócrita» de Nueva Inglaterra: era «demoledor y desorientador». Hasta entonces, había creído saber perfectamente quién era, «con sus defectos morales y físicos» incluidos. En Estados Unidos tuvo que rehacerse a sí mismo tal y como «exigía el sistema».

El hito de 1967

No obstante, no le costó prosperar en el ambiente de la Ivy League, en primer lugar en Princeton y luego en Harvard, donde, como declarará más tarde, tuvo el privilegio de recibir su formación con arreglo a la tradición filológica alemana de la literatura comparada. Said comenzó enseñando en Columbia en 1963; su primer libro, sobre Conrad, fue publicado tres años después. Cuando le pregunté acerca de ello en Nueva York en 1994, en una conversación grabada para Channel Four, describió sus primeros años en Columbia entre 1963 y 1967 como un «periodo de Dorian Gray»:

TA: Así pues, uno de tus yoes era el profesor de Literatura Comparada, que hacía su trabajo, daba sus conferencias, trabajaba con Trilling y los demás; sin embargo, al mismo tiempo, otro personaje crecía en tu interior, ¿por qué los mantenías separados?

ES: Tuve que hacerlo. No había lugar para que el otro personaje pudiera existir. En efecto, había roto mi conexión con Egipto. Palestina ya no existía. Mi familia vivía parte en Egipto y parte en Líbano. Era un extranjero en ambos lugares. No me interesaban los negocios familiares, así que me quedé aquí. Hasta 1967, la verdad es que no pensaba en mí mismo más que como una persona que hacía su trabajo. Me hice acompañar de algunas cosas a lo largo del camino. Estaba obsesionado con el hecho de que muchos de mis héroes culturales —Edmund Wilson, Isaiah Berlin, Reinhold Niebuhr— eran fanáticos sionistas. No sólo proisraelíes: decían cosas verdaderamente terribles acerca de los árabes, en letra impresa. Sin embargo, lo único que podía hacer era constatarlo. Políticamente, no tenía adónde

ir. Estaba en Nueva York cuando estalló la Guerra de los Seis Días; me quedé completamente destrozado. El mundo tal y como lo había concebido acabó en aquel momento. Llevaba muchos años en Estados Unidos, pero sólo entonces comencé a entrar a contacto con otros árabes. Hacia 1970 me zambullí por completo en la política y en el movimiento de resistencia palestino¹.

Su obra de 1975, *Beginnings* –un compromiso épico con los problemas planteados por el «punto de partida», que sintetizaba las intuiciones de Auerbach, Vico, Freud, con una impresionante lectura de la novela moderna–, y, por encima de todo, *Orientalism* son los productos de esta coyuntura. Publicado en 1978, cuando Said era miembro del Consejo Nacional Palestino, *Orientalism* combina el vigor polémico del activista con la pasión del crítico de la cultura. Como todas las grandes polémicas, renuncia al equilibrio. Une vez le dije que, para muchos sudasiáticos, el problema con los primeros estudiosos orientalistas británicos no era su ideología imperialista, sino, por el contrario, el hecho de que eran demasiado políticamente correctos: estaban intimidados por los textos en sánscrito que traducían. Said rió e insistió en que el libro era en lo esencial un intento de socavar los presupuestos más fundamentales de Occidente con respecto al Oriente árabe. El «discurso» –Foucault era, por desgracia, una influencia importante– del Oriente, construido en Francia y en Gran Bretaña durante los dos siglos posteriores a la conquista napoleónica de Egipto, sirvió a la vez como un instrumento de dominio y para el fortalecimiento de una identidad cultural europea, contraponiéndola al mundo árabe². De ahí que se concentrara deliberadamente en la exotización, la vulgarización y la distorsión de Oriente Próximo y de su cultura. Describir las suposiciones imperialistas como una verdad universal era una mentira, basada en observaciones sesgadas e instrumentales que eran utilizadas al servicio de la dominación occidental.

Orientalism obtuvo un vasto respaldo académico. Aunque Said se sintió inequívocamente conmovido y afectado por el éxito del libro, era perfectamente consciente de que era mal utilizado, razón por la cual a menudo rechazaría la responsabilidad por sus vástagos más monstruosos: «¿Cómo puede acusárseme de denunciar a los “cadavéricos caballeros blancos”? Todo el mundo sabe que amo a Conrad». Luego solía recorrer una lista de críticos posmodernos, criticándoles ferozmente a su vez por su insistencia en la identidad y su hostilidad a la narrativa. «Escribe todo

¹ Ésta, así como las citas siguientes, pertenecen a *A Conversation with Edward Said*, producida por Bandung Films. El programa fue grabado en su apartamento de Riverside Drive, en un día tan húmedo que Said se quitó chaqueta y corbata mientras las cámaras comenzaban a rodar, lo que creó un gran alborozo en la casa.

² De este modo, lord Cromer, cónsul general británico en Egipto durante un cuarto de siglo desde 1881: «El europeo es un razonador estricto; sus afirmaciones de hecho carecen de toda ambigüedad; es un lógico natural [...]. La mente del oriental, por otra parte, al igual que sus pintorescas calles, carece fundamentalmente de simetría [...]. Por lo regular, no tardará en derrumbarse bajo el más benigno de los interrogatorios». Cfr. *Orientalism*, Londres, 2003, p. 38.

eso», le dije una vez. «¿Por qué no lo haces tú?», fue la respuesta. Lo que grabamos fue más comedido.

TA: La guerra de 1967 ¿te radicalizó y te impulsó a convertirte en un portavoz palestino?

ES: Árabe, en un primer momento, antes que palestino.

TA: De este modo, *Orientalism* surgió de este nuevo compromiso.

ES: Comencé a leer, metódicamente, lo que se había escrito acerca de Oriente Próximo. Aquello no se correspondía con mi experiencia. A principios de la década de 1970 comencé a darme cuenta de que las distorsiones y las falsificaciones eran sistemáticas, parte de un sistema de pensamiento más amplio y endémico en toda la empresa occidental de las relaciones con el mundo árabe. Confirmó mi impresión de que el estudio de la literatura era esencialmente una tarea histórica, y no estética. Sigo creyendo en el papel de lo estético; sin embargo, el «reino de la literatura» —«por la literatura»— es un puro error. Una investigación histórica sería debe partir del hecho de que la cultura está indefectiblemente ligada a la política. Mi interés se ha centrado en la gran literatura canónica occidental, leída no como un conjunto de obras maestras que hay que venerar, sino como obras que han de ser aferradas en su densidad histórica para que puedan resonar. No obstante, no creo que esto pueda hacerse sin que a uno le gusten esas obras; sin preocuparse por los libros en cuanto tales.

Culture and imperialism, publicado en 1993, desplegó los argumentos centrales de *Orientalism* para describir un modelo más general de relaciones entre el Occidente metropolitano y sus territorios de ultramar, que trascendía las existentes entre Europa y Oriente Próximo. Escrito en un periodo político diferente, fue objeto de algunas críticas injuriosas. Dio pie a una famosa polémica en el *Times Literary Supplement* con Ernest Gellner —que pensaba que Said debía ofrecer, «por lo menos, alguna muestra de agradecimiento» al papel del imperialismo como vehículo de la modernidad— en la que ninguno de los bandos hizo prisioneros. Más tarde, cuando Gellner intentó llegar a una reconciliación entre caballeros, Said fue implacable; el odio debe ser puro para ser eficaz y, en este como en otros casos, él dio tanto como había recibido.

Sin embargo, a estas alturas los debates acerca de la cultura se vieron eclipsados por los acontecimientos en Palestina. Cuando le pregunté si el año 1917 significaba algo para él, respondió sin vacilación: «Sí, la Declaración Balfour». Los escritos de Said acerca de Palestina tienen un sabor completamente distinto de cualquier otra cosa que haya escrito, apasionados y bíblicos en su simplicidad. Ésta era su causa. En *The End of the Peace Process, Blaming the Victims* y otra media docena de libros, en sus columnas en *Al-Ahram* y en sus ensayos en esta revista y en la *London Review of Books*, la llama que había sido encendida en 1967 ardió con más fuerza que nunca. Había ayudado a una generación a comprender la verdadera historia de Palestina, y fue esta posición de verdadero cronista de su pueblo y de su tierra natal ocupada lo que le ganó el respeto y la admi-

ración en todo el mundo. Los palestinos se habían convertido en las víctimas indirectas del judeicidio europeo de la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, eran pocos los políticos europeos que parecían preocuparse por ello. Said atizó su conciencia colectiva, lo que no les sentó nada bien.

AntiOslo

Dos amigos íntimos, cuyo consejo había buscado a menudo –Ibrahim Abu-Lughod y Ekbal Ahmad–, murieron en un lapso de pocos años, en 1999 y 2001. Said lamentó profundamente su muerte, pero su ausencia no contribuyó sino a afianzar su convicción de continuar su furiosa embestida literaria contra el enemigo. Aunque militó durante catorce años como miembro independiente del CNP [Consejo Nacional Palestino] y ayudó en la corrección y la nueva redacción del discurso de Arafat en la Asamblea General de la ONU en 1984, comenzó a expresar crecientes críticas a la falta de visión estratégica que caracterizaba a la mayoría de la dirigencia palestina. Escribiendo inmediatamente después de lo que calificó de «ordinariez de un pase de modelos», haciendo referencia al apretón de manos en el césped de la Casa Blanca, Said describió los Acuerdos de Oslo –impuestos a los vencidos por Estados Unidos e Israel después de la guerra del Golfo de 1991– como un «instrumento de capitulación, un Versalles palestino» que no ofreció más que bantustanes baldíos a cambio de una serie de renuncias históricas. Israel, por su parte, no tenía motivos para ceder mientras Washington continuara suministrándole armas y financiación³. (El lugarteniente de Arafat, Nabil Shaath, haciéndose eco de los críticos más reaccionarios de *Orientalism*, respondió: «Debería limitarse a la crítica literaria. Después de todo, Arafat no se dignaría a discutir acerca de Shakespeare».) La historia ha dado la razón al análisis de Said. Uno de sus ataques más mordaces al liderazgo de Arafat, publicado en 2001 en estas páginas y en *Al-Abram*, denunciaba Oslo como un puro reembalaje de la ocupación, «que ofrecía un simbólico 18 por 100 de las tierras arrebatadas en 1967 a la autoridad corrupta –que recuerda al gobierno de Vichy– de Arafat, cuyo mandato consiste en vigilar y abrumar con impuestos a su pueblo en favor de Israel»:

El pueblo palestino se merece algo mejor. Tenemos que decir claramente que con Arafat y compañía al frente no hay esperanza [...]. Lo que precisan los palestinos es de dirigentes que realmente estén con el pueblo y sean parte del mismo, que estén resistiendo realmente sobre el terreno, y no orondos burócratas mascadores de tabaco empeñados en preservar sus acuerdos comerciales y en renovar sus pases VIP y carentes de todo rasgo de decencia y credibilidad [...]. Necesitamos una dirección unida capaz de pensar, planificar y tomar decisiones, en lugar de arrastrarse ante el Papa o George Bush mientras los israelíes matan a su pueblo con impunidad. [...] La lucha por la liberación de la ocupación israelí es el envite en el que se sitúa hoy todo palestino digno de serlo⁴.

³ *London Review of Books* (21 de octubre de 1993).

⁴ *NLR* 11 (septiembre-octubre de 2001), p. 30.

¿Podría ofrecer Hamas una alternativa seria? «Se trata de un movimiento de protesta contra la ocupación», me decía Said:

A mi modo de ver, sus ideas acerca de un Estado islámico son completamente rudimentarias, poco convincentes para cualquier persona que vive allí. Nadie toma en serio ese aspecto de su programa. Cuando les preguntas, como yo mismo pude hacer, tanto en Cisjordania como en otros lugares: «¿Cuál es vuestra orientación económica? ¿Qué ideas tenéis acerca del problema del suministro eléctrico o de la vivienda?», responden: «Oh, estamos pensando en ello». No hay ningún programa social que pudiera etiquetarse de «islámico». Les considero productos de la situación, para los cuales el islam es una oportunidad de protestar contra la parálisis, la mediocridad y la insolvencia actuales del partido gobernante. La Autoridad Palestina se ha visto irremediabilmente perjudicada y carece en este momento de toda credibilidad, como los saudís y los egipcios, Estados clientes de Estados Unidos.

Tras la reiteradas exigencias israelíes para que la Autoridad Palestina tome medidas enérgicas contra Hamas y la Yihad Islámica, advertía «la esperanza de que se produzca algo parecido a una guerra civil palestina, una perspectiva de ensueño para el ejército israelí». No obstante, en los últimos meses de su vida pudo continuar celebrando la testaruda negativa de los palestinos a resignarse a ser, tal y como los describiera el jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Israel, «un pueblo derrotado», y advertir signos de una política palestina más creativa en la Iniciativa Política Nacional dirigida por Mustafa Barguti: «La perspectiva en este caso no es la de un Estado provisional manufacturado con el 40 por 100 de la tierra, abandonando a los refugiados y con Jerusalén en manos de Israel, sino un territorio soberano liberado de la ocupación militar mediante acciones de masas que impliquen a árabes y judíos allí donde sea posible»⁵.

Con su muerte, la nación palestina ha perdido a su voz más articulada en el hemisferio norte, un mundo en el que, por lo general, el sufrimiento constante de los palestinos es ignorado. Para los círculos oficiales israelíes, aquéllos son *Untermenschen* [subhumanos]; para los círculos oficiales estadounidenses, son todos terroristas; para los venales regímenes árabes, son una continua molestia. En sus últimos escritos, Said denunció enérgicamente la guerra contra Irak y a sus numerosos partidarios. Defendió la libertad, frente a la violencia y las mentiras. Sabía que la doble ocupación de Palestina y de Irak había hecho más inalcanzable aún la paz en la región. Su voz es irremplazable, pero su legado persistirá. Le quedan muchas vidas por delante.

⁵ *London Review of Books* (19 de junio de 2003).